

SANTIAGO GARCÍA (†)

# EVANGELIO DE LUCAS

Comentarios a la  
Nueva Biblia de  
Jerusalén



**Desclée De Brouwer**

# ÍNDICE

PRESENTACIÓN.....	13
-------------------	----

## EVANGELIO DE LUCAS

INTRODUCCIÓN.....	19
0. Prólogo de Lucas (1,1-4) e introducción del comentarista	19
1. Orientaciones de Lc a su lector (1,1-4) .....	20
2. Orientaciones complementarias del comentarista .....	32

### CAPÍTULO 1: NACIMIENTO Y VIDA OCULTA DE JUAN EL BAUTISTA

Y DE JESÚS (1,5 – 2,52) .....	41
1. Anuncio del nacimiento de Juan Bautista (1,5-25).....	44
2. Anuncio del nacimiento de Jesús (1,26-38) .....	51
3. Encuentro de la madre de Jesús con la de Juan (1,39-56)	56
1'. Nacimiento de Juan Bautista (1,57-80) .....	66
2'. Nacimiento de Jesús (2,1-20) .....	76
3'. Manifestación de Jesús: (2,21-24). Los oráculos de Simeón y Ana (2,25-38). Conclusión (2,39-40) .....	91
4. Adolescencia y juventud de Jesús (2,41-50).....	102

### CAPÍTULO 2: PREPARACIÓN INMEDIATA DEL CAMINO DE JESÚS

(3,1 - 4,13).....	109
1. Juan Bautista prepara “el camino” de Jesús (3,1-20) ....	110
2. Jesús se prepara para iniciar su camino (3,21 - 4,13)....	115

<b>CAPÍTULO 3: EL CAMINO DE JESÚS POR GALILEA (4,14 - 9,50) . . . .</b>	<b>127</b>
0. Introducción general (4,14-15) . . . . .	128
1. Presentación de Jesús y sus colaboradores. Relatos de misión (4,16 - 6,11) . . . . .	128
2. Proclamación solemne del Reino de Dios (6,12-49) . . . . .	158
3. Signos del Reino de Dios: Hechos de Jesús (7,1-8,3) . . . . .	178
4. Recepción de la catequesis sobre el Reino de Dios (8,4-21)	197
5. ¿Quién es éste? La identidad de Jesús de Nazaret (8,22 - 9,50) . . . . .	202
<b>CAPÍTULO 4: LA SUBIDA DE JESÚS A JERUSALÉN. CAMINO DE MISIÓN (9,51 - 19,27). . . . .</b>	<b>241</b>
1. Introducción al camino de misión (9,51-56) . . . . .	243
2. Requisitos básicos para el camino de misión (9,57 - 10,37) . . . . .	245
3. Actitudes de quienes emprenden este camino de misión (10,38 - 13,21) . . . . .	265
4. Actitudes contrarias al objetivo del camino de misión (13,22 - 14,24) . . . . .	330
5. La comunidad de creyentes en camino de misión (14,25 - 17,10). . . . .	360
6. La comunidad camina hacia la Venida (Parusía) del Señor (17,11 - 18,30). . . . .	414
7. Resumen de la catequesis sobre el camino de misión (18,31 - 19,27). . . . .	459
<b>CAPÍTULO 5: MINISTERIO DE JESÚS EN JERUSALÉN (19,28 - 21,38)</b>	<b>487</b>
1. Jesús, el Mesías, entra en Jerusalén (19,28-40) . . . . .	488
2. Jesús, el Mesías, lamenta que los ciudadanos no entiendan su presencia (19,41-44) . . . . .	492
3. Jesús, el Mesías, proclama su enseñanza en el Templo (19,45 - 21,4) . . . . .	494
4. Jesús, el Mesías, aclara ideas sobre el final de la ciudad y la nación (21,5-38) . . . . .	530

## ÍNDICE

---

<b>CAPÍTULO 6: LA PASIÓN (22,1 - 23,56)</b> . . . . .	555
A. Escenas-prólogo (22,1 – 22,38) . . . . .	562
1. Escena primera: presentación de los que facilitan el prendimiento de Jesús (22,1-6) . . . . .	563
2. Escena segunda: la última cena de Jesús con sus discípulos (22,7-38) . . . . .	566
B. En el monte de los Olivos. Pórtico del relato de la pasión (22,39-46) . . . . .	602
C. El proceso de Jesús (22,47 - 23,49) . . . . .	610
1. Prendimiento de Jesús (22,47-53) . . . . .	610
2. Dos procesos de identidad (22,54 - 23,25) . . . . .	614
3. Ejecución de la sentencia (23,26-49) . . . . .	640
D. La sepultura (23,50-56) . . . . .	660
<b>CAPÍTULO 7: DESPUÉS DE LA RESURRECCIÓN (24,1-53)</b> . . . . .	665
1. Relato en torno al sepulcro vacío (24,1-12) . . . . .	667
2. Relatos de la experiencia del Resucitado de algunos discípulos (24,13-35) . . . . .	673
3. Relatos de experiencias del Resucitado de los apóstoles (24,36-49) . . . . .	679
4. La Ascensión (24,50-53) . . . . .	688
<b>BIBLIOGRAFÍA BÁSICA</b> . . . . .	697

## PRESENTACIÓN

Cuando Santiago daba por terminado su trabajo personal en este amplio comentario al Evangelio según San Lucas, fechándolo en Madrid el 10 de julio de 2011, era consciente del carácter terminal de la enfermedad que le dominaba, la leucemia. Falleció el 26 del mismo mes.

El texto de su trabajo viene precedido de esta **dedicatoria**:

*Ofrezco este comentario del Evangelio de Lucas a los grupos de Biblia de las parroquias de Madrid: san Federico y Nuestra Señora del Sagrado Corazón, en cuyo ámbito expliqué estos textos.*

*De modo especial lo dedico a Isabel, Margarita y a mi esposa Tere, que tuvieron paciencia para leer mis originales.*

*Quiero agradecer también la colaboración de Juanjo Carracedo, quien me prestó ayuda durante mi enfermedad.*

*Gracias a todos.*

Y en la última página se despedía con esta **postdata** que reproducimos también íntegramente:

*A Lucas, el médico querido, (Col).*

*Lucas, yo sé que tu tarea de escritor y compañero de Pablo en la evangelización por el Mediterráneo está en entredicho por los análisis a los que sometemos alguna de tus expresiones.*

*Pero, Lucas, quiero reconocer tu personalidad como médico. Los avatares de mi vida transida por la experiencia de una enfermedad (leucemia) me han hecho que en todos los amaneceres experimentara la presencia de tu persona. El deseo de conocerte mejor me impulsaba a renovar los ánimos y ver cada día desde este impulso por conocerte y verte como “médico querido”.*

*Gracias, Lucas, por tu presencia bíblica.*

*Madrid, 10 de julio de 2011.*

Santiago García ha sido uno de los coordinadores, junto a Víctor Morla, de esta serie de “Comentarios a la Nueva Biblia de Jerusalén”. Colaborador desde primera hora (1963), en cada una de las sucesivas ediciones revisadas de la edición española de la *Biblia de Jerusalén* (1967, 1975, 1998 y 2009) ha mantenido actualizado el texto y las notas de los *Hechos de los Apóstoles*, las *Epístolas Pastorales* y las de *Santiago y San Judas*, como tarea propia permanente, y también las *Epístolas de San Pedro y San Juan* en las dos últimas ediciones.

En todo el proceso de la *Biblia de Jerusalén* siempre tuvo encomendada la supervisión del *Nuevo Testamento* como tarea de revisión o de coordinación. Ello explica que fuera solicitada también su experiencia para colaborar en la preparación de la *Sagrada Biblia* de la Conferencia Episcopal Española. Al elaborar este comentario al *Evangelio según San Lucas*, se sitúa con facilidad en el nivel de las comunidades cristianas de la Iglesia primera. Por ello, una de las características de este comentario es la referencia constante a la vida de estas comunidades cristianas según nos las presentan los *Hechos de los Apóstoles* o los escritos paulinos. Por eso le resultaba más fácil a Santiago relacionar los textos evangélicos con las comunidades de la Iglesia actual.

Así se explican sus esfuerzos por situarse en el nivel redaccional del evangelio lucano: el análisis literario, la aproximación histórica y la comparación con los textos de los otros evangelios sinópticos, del cuarto evangelio e incluso con los evangelios apócrifos. Son frecuentes sus referencias al texto, a las notas y a la Sinopsis de la misma *Biblia de Jerusalén*. Se vale con frecuencia de los comentarios escritos por autores como Alexander, Bauer, Brown, Cadbury, Gómez Acebo, Leal, Meier, Pagola, Schmid, Rodríguez Carmona, etc.

Subrayamos finalmente el valor pedagógico de su presentación: facilita la inteligencia del texto mediante la terminología empleada y el proceso seguido en las explicaciones, previo anuncio de las sucesivas divisiones que ofrece. En muchos casos se siente la experiencia vivida por Santiago con las comunidades a las que ha explicado el Evangelio según San Lucas.

Santiago tiene la originalidad de ofrecernos su introducción a este Evangelio valiéndose del propio prólogo de Lucas a Teófilo. No es por tanto extraño que se dirija así a sus lectores:

*Teófilo, quienquiera que seas y estés donde estés. En este Evangelio he querido aproximarme al Jesús histórico, el de Galilea y Judea. Y pretendo que tú también te aproximes conmigo. En esta aproximación he querido que valores a las personas que fueron testigos directos de la vida del Galileo y servidores de la palabra.*

*He pretendido, a través del lenguaje del prólogo, darte unas orientaciones para la lectura reflexiva de este Evangelio. Nuestra aproximación al Jesús histórico tiene que partir del testimonio de personas que convivieron con él o los que tuvieron una experiencia de sus hechos y enseñanzas.*

*He pretendido también, Teófilo, que descubras la emoción de estas personas: emoción que yo he vivido en lo que llamamos comunidades de creyentes o iglesias. Dentro de esta vida de comunión es donde yo he experimentado la presencia de Jesús Resucitado con una fuerza transformadora de nuestra vida y la de todas las personas.*

*Con toda emoción, aproxímate a este Evangelio y, como dice tu compañero Pablo, “la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros” (2 Co 13,13).*

La revisión del texto del Comentario para su publicación ha sido realizada por Víctor Morla.

José Ángel Ubieta

# INTRODUCCIÓN

## 0. PRÓLOGO DE LUCAS (1,1-4) E INTRODUCCIÓN DEL COMENTARISTA

Al presentar el comentario de algún libro bíblico es práctica habitual, heredada de exegetas que nos han precedido, redactar una introducción al libro. En ella se exponen unas notas sobre el autor, su personalidad, el contenido del libro, su distribución, su lenguaje y las fuentes con que el autor ha contado para escribir su obra.

Se suelen añadir unas notas sobre la época y el lugar en que se escribió el libro. Y las circunstancias que afectaban en esos momentos al lector para que descubra el objetivo que tiene el autor o el comentarista del libro.

Es un tratado más o menos amplio que pretende ofrecer al lector una diagnosis del libro.

Estas introducciones sirven también para que el comentarista ofrezca una diagnosis de su cultura bíblica o exegética del libro, que se completa con una amplia bibliografía. Las encontramos en muchos de los comentarios a los libros bíblicos.

El autor del Evangelio según San Lucas (y su continuación en “Los Hechos de los Apóstoles”) nos ha querido eximir de esta tarea introductoria. El autor de estos libros, al que identificamos en adelante con la abreviatura Lc, ha colocado un prólogo a toda su obra. Y mediante este prólogo señala lo que, a su juicio, debe tener presente el lector de toda su obra.

En la Biblia encontramos dos prólogos de autores bíblicos que se suelen llamar “prólogo”, aunque difieren en forma y contenido del de



Lc: el Segundo libro de los Macabeos va precedido de un prólogo del traductor de la obra de Jasón de Cirene, y el traductor al griego del libro del Eclesiástico también se anima a poner, en la parte que él ha traducido, un “prólogo”.

En este comentario sigo las líneas de Lc en el prólogo, que completaré con otras líneas que no aparecen en el prólogo: 1. Orientaciones de Lucas al lector (Teófilo). 2. Orientaciones complementarias del comentarista.

### 1. ORIENTACIONES DE LC A SU LECTOR (1,1-4)

**1** <sup>1</sup>Puesto que muchos han intentado narrar ordenadamente las cosas que se han verificado entre nosotros, <sup>2</sup>tal como nos las han transmitido los que desde el principio fueron testigos oculares y servidores de la Palabra, <sup>3</sup>he decidido yo también, después de haber investigado diligentemente todo desde los orígenes, escribirlo por su orden, ilustre Teófilo, <sup>4</sup>para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido.

El prólogo al Evangelio ha sido objeto de extensos estudios analíticos que contemplan su estructura literaria, su contenido y su relación con otros prólogos de la literatura clásica. Es un prólogo que relaciona el escrito de Lc con obras de diverso contenido: tratados de medicina, de filosofía, de matemáticas, físicas, retórica, etc. Se han comparado los formatos de los prólogos de la literatura griega con el de Lc. En estas comparaciones se aprecian unos elementos comunes.

Los autores griegos, como Herodoto y Tucídides, dan en sus prólogos el nombre de autor, la dedicatoria a un personaje, el tema del escrito y que en algunos casos lo presentan como resultado de su investigación (Herodoto) o exponen el contenido y el plan de su libro. Sobre la amplitud del prólogo, los retóricos aconsejan que no sean ni demasiado amplios ni demasiado extensos.

El prólogo de Lc hay que situarlo en el campo de la literatura de la época helenística. El autor demuestra una buena preparación. De hecho esta pieza del prólogo está considerada como la mejor pieza literaria de todo el NT.

En esta pieza literaria el autor se presenta a sí mismo, aunque sin dar su nombre: «He decidido yo también...»; el asunto de que se trata: «escribir las cosas...»; el resultado de su investigación: «después de haber investigado...»; el destinatario del escrito: «Teófilo»; y el objetivo final de su libro: «para que conozcas...». En esta enumeración de los elementos del prólogo y en los que coincide con el esquema de los prólogos de los escritores helenistas, el autor traza las líneas principales.

Tengo que anotar que prescindo artificialmente del prólogo a los Hechos de los Apóstoles. El prólogo al Evangelio se refiere a toda la obra lucana, no sólo a la actividad evangelizadora de Jesús por Palestina. Para Lc su primer libro y el segundo componen una unidad evangelizadora. Los Hechos son también un Evangelio no mediante la presencia de Jesús evangelizador, sino mediante la presencia de Jesús resucitado que va transformando la sociedad de su tiempo mediante la formación de nuevas comunidades de creyentes.

Lc ha construido su prólogo según el esquema literario de los clásicos, pero con mayor brevedad que la mayoría de los escritores de la época helenista. Parte Lc de lo que otros han escrito sobre el mismo tema; se refiere a las fuentes de que se ha servido; nombra la metodología seguida en su investigación; los materiales de que ha dispuesto; señala también el personaje al que dedica su escrito y el objetivo que se ha planteado.

En algunos de estos prólogos hay referencias a lo escrito por otros sobre el mismo tema, pero advierten que hay en estos escritos carencias o inexactitudes que el nuevo autor intentará corregir. A lo largo de este comentario iremos viendo las modificaciones que Lc introduce en su posible fuente, que es el evangelio de Marcos.

Lc logra ensamblar las líneas de un prólogo clásico en un párrafo perfectamente construido. De la comparación de la estructura del prólogo de Lc con algunos prólogos de la época helenista, podíamos deducir que Lc sigue el esquema tradicional, pero en realidad sólo los sigue en la enumeración de los principales de los prólogos.

Lc ha sido capaz de dar al suyo una personalidad que advertimos desde las primeras líneas; nos encontramos con un autor que da a su escrito una impronta literaria que lo distancia de otros prólogos.

Y el primer dato propio de Lc es que su prólogo forma parte integrante de un Evangelio. Los otros escritos del NT (fuera del segundo

libro de Lc) carecen de un prólogo literario. La redacción del prólogo nos invita a leer el resto del Evangelio como un escrito que refleja la personalidad del autor. Esto ya nos anticipa que Lc no va a presentar unos datos biográficos de Jesús, sino una interpretación de la obra y personalidad de Jesús. Es decir que Lc deja bien claro desde el prólogo que lo que va a escribir es un conjunto de instrucciones o enseñanzas bien organizadas literariamente.

El prólogo presenta unas orientaciones para “leer” el evangelio de Lc:

a. «*Muchos han intentado narrar*»

El escrito de Lc empalma con lo que otros han escrito sobre el mismo tema. Los lectores de Lc conocen la existencia de otros similares que él pretende redactar. El evangelista presenta a sus antecesores, en cuanto escritores que han procedido ordenadamente. Y nos dice que son muchos (*polloi*). Lc, o sus lectores, disponen de otros evangelios, por lo menos conocen a Mc y Mt. Podemos preguntarnos si en las fuentes de Lc tiene un lugar importante el documento “Q”. Si situamos esta noticia en la década de los ochenta, ¿había tantos escritos sobre Jesús y su mensaje para atribuirles el adjetivo “muchos”?

L. Alexander, que ha comparado el prólogo de Lc con otros de la época helenística, reconoce que exagerar el número de autores anteriores en la redacción de un tema es un recurso literario, y además anota que Lc no afirma que “estos muchos produjeran documentos escritos” (pág. 115). En esta interpretación se alinea la NBJE, en nota a Lc 1,1: «El “muchos” es enfático. Se ha de entender “algunos”».

Además de los evangelios de Mt y Mc, a Lc hay que atribuirle la fuente Q. De este documento no hay un libro escrito. Empezó como hipótesis de trabajo para explicar, dentro de la teoría de las “dos fuentes”, las coincidencias entre Mt y Lc en textos que desconoce Mc. Estas coincidencias se atribuyen al documento Q, sobre todo los dichos (*logia*) de Jesús.

Cuando se descubrió el apócrifo “Evangelio de Tomás”, un escrito que es recopilación de frases atribuidas a Jesús, se ha visto en parte confirmada la hipotética fuente Q.

Como otros documentos que tuvo a mano Lc, hay que contar con unas tradiciones transmitidas oralmente y que le pudieron llegar a Lc en sus visitas por algunas comunidades cristianas en compañía de Pablo. Hemos de tener en cuenta estas tradiciones comunitarias como apreciaremos en el comentario al texto. Hay instrucciones y *logia* que Lc pone en boca de Jesús en las que resuenan algunas enseñanzas de Pablo.

*b. «ordenadamente»*

La tarea de estos “muchos” la define Lc como intentos por “narrar ordenadamente unas cosas”. El texto griego, en su traducción literal, dice: «han emprendido la tarea (*epecheiresan*: han aplicado la mano) de poner en orden una narración de estas cosas». El verbo *epicheiro* figura en la prosa clásica y en los LXX; pero en el NT sólo lo encontramos en el escrito de Lc, aquí y en dos textos de Hch (9,29 y 19,13), en los cuales presenta el significado de “intentar, aplicar la mano (*cheir*)”.

El conato de estas personas que han precedido a Lc consiste en “poner en orden una narración”. ¿Qué quiere decir Lc con “poner en orden (*anataxasthai*)”? Es un verbo que sólo lo usa Lc y en este pasaje. Zorell lo traduce por «casi como dando un rodeo». En otros prólogos, en este apartado, los autores clásicos usan verbos más claros y adecuados al contexto, como *syngrafein* o *syntaxasthai*.

En los prólogos clásicos, el autor avisa de que en la obra que escribe corregirá errores e imprecisiones de los precedentes o rellenará el vacío en sus informaciones. En el prólogo de Lc, los comentaristas dicen que Lc no pretende corregir o completar las informaciones de los “muchos”, pero, al meter este verbo no normal y no clásico, uno se pregunta si en esta alusión a los escritores anteriores no habrá querido insinuar que en algo tendrá que corregir o completar a los “muchos”.

Porque de lo que se trata de revisar es un relato (*diegesis*). La *diegesis* es la exposición de los hechos en los discursos forenses. Lc ofrece un relato de hechos sobre los que él ha investigado con más exactitud que algunos de los predecesores, para «poder ofrecer en un cierto número de detalles algo más que aquellos y por atender su obra, también en su forma literaria, a exigencias más elevadas» (J. Schmid, pág. 45).

c. «*las cosas que se han verificado*»

La *narratio* que Lc reconoce en sus predecesores contiene «las cosas que se han cumplido entre nosotros». El verbo *pleroforeo* indica que algo ha llegado a cumplirse, que algo ha llegado a sazón. Este cumplimiento se suele entender de los anuncios proféticos y promesas del AT relacionados con el NT. Pero pienso que la frase de Lc no se puede limitar al pasado; las cosas que se han cumplido entre nosotros son hechos de los que los lectores creyentes tienen constancia, no sólo son las promesas realizadas en la persona de Jesús, sino todo lo relacionado con el proyecto de Jesús. Este proyecto del Reino de Jesús o Evangelio ha llegado a sazón entre nosotros. Lc, que tiene en la mente no sólo los hechos de Jesús (el primer libro), sino la realización en la historia de su proyecto (el segundo libro), está refiriéndose a la realización histórica del Reino de Dios en la vida de las comunidades de creyentes. Lc no contempla el pasado, sino el presente y el futuro inmediato. El verbo griego está exigiendo que estas cosas no sólo se cumplan o se hayan cumplido, sino que lleguen a sazón entre nosotros, en la comunidad.

d. «*entre nosotros*»

¿Quiénes son estos “nosotros” que menciona Lc? Este pronombre personal aparece en este versículo y en el siguiente. En el v. 1 señala el ámbito en el que han ocurrido estas cosas narradas. Evidentemente es la comunidad de los creyentes. El “nosotros” del v. 2 contempla otro grupo de creyentes que integran la comunidad. El autor distingue dos grupos. El primero es el conjunto de personas en que se han cumplido estas cosas. ¿Es el grupo de los contemporáneos de Jesús? Puede ser. Porque, dado el conjunto de la obra de Lc, pienso que en los dos versículos el pronombre contempla a la comunidad de creyentes. Unos han contemplado la realización de las promesas y de los mensajes de Jesús en la historia. Y el segundo “nosotros” contempla a los que han narrado estas cosas, pero que no han sido testigos directos de ellas. Es la segunda generación de cristianos, que conocen estas cosas mediante la *narratio* de los testigos oculares.

e. «*Tal como nos las transmitieron*»

Lc usa en este caso *paredosan*, con la forma clásica del aoristo. En otros textos, como Hch 3,13, emplea la forma helenística *paredokate*. Esto confirma la situación del prólogo en la tradición clásica.

El sujeto de este aoristo son los que «desde el principio fueron testigos oculares». Según interpreta J. Leal, Lc se sitúa fuera del grupo del “nosotros” o de los que narran las cosas ocurridas, y lo comenta poniendo en boca de Lc esta reflexión: «con el pronombre *nos*, Lucas se pone fuera de los testigos oculares y positivamente se cuenta entre los que se unen inmediatamente a los testigos. Muchos en mi condición de discípulos de los testigos oculares han escrito sobre el hecho cristiano. Por tanto, yo, que tampoco soy testigo, sino discípulo u oyente de los testigos, también puedo escribir sobre el hecho cristiano» (pág. 553).

El haber contactado con testigos de los hechos que narra es una garantía de veracidad tanto en el narrador, como en lo que narra.

El verbo *paradídomi* en su forma helenística lo encontramos en la obra lucana (F. Zorell, s.v.). Es el verbo que designa la tradición oral y abarca la enseñanza comunitaria. Los catequistas transmiten sus conocimientos o instrucciones “recibidas en el ámbito de la tradición oral”. Esta tradición es parte de la *narratio*. Pablo dice: «Os he transmitido (*paredoka*) lo que a mi vez recibí» (1 Co 11,23).

El sujeto de este verbo de la transmisión oral, a los que Lc define como testigos oculares y servidores de la palabra, son los apóstoles, pero la expresión de Lc es tan amplia que nos lleva a aplicar estos calificativos a todos los componentes de la comunidad. Según el término griego *autoptai*, se trata de los testigos que han tenido una experiencia directa de los hechos, y, en cuanto tales, presentan esta experiencia. Por eso se suele nombrar en estos testigos oculares a los apóstoles. Pero realmente no se limita el significado a los apóstoles, sino a todos los que de alguna manera convivieron con Jesús y testifican algunas de sus experiencias directas.

El autor del prólogo introduce una precisión en el testimonio de los sujetos que transmiten como testigos oculares. La precisión consiste en que este testimonio es «desde el principio» (*ap' arches*). Pero esta precisión no queda nada clara. ¿A qué parte de la frase afecta el «desde

el principio»? ¿A los testigos oculares o a los servidores de la palabra? La construcción de la frase griega encierra entre el artículo «los que» (*hoi*) y el participio «se hicieron» (*genomenoi*) tanto a los testigos oculares como a los servidores de la palabra. Toda la frase forma una unidad sintáctica. La precisión «desde el principio» se relaciona tanto con los testigos oculares como con los servidores de la palabra.

Esta precisión temporal, según dice luego el autor de Hch 1,22 y 10,37, afecta no al inicio de la predicación oral, sino al inicio de la vida pública de Jesús en el bautismo de Juan. Las traducciones actuales tienden a considerar esta precisión como un recurso literario y así traducen, como dice la nota de la NBJE a Hch 1,2: «Se subraya la acción del Espíritu en los comienzos de la misión de los Apóstoles vv. 5.8 y cap. 2, como en los comienzos del ministerio de Jesús, Mt 4,1 y Lc 4,1».

*f. «he decidido yo también escribir»*

La frase ocupa el centro de todo el prólogo. Está construida con todo cuidado, resaltando los elementos que motivan y acompañan esta decisión y anotando la persona que es afectada por ella. La decisión es escribir. El verbo no lleva complemento directo. ¿Escribir qué? De entrada hay que decir que decide escribir cuanto han transmitido los testigos oculares y los servidores de la palabra, es decir, un evangelio.

La frase se introduce por *edoxe kamoi*, que sólo se encuentra en el lenguaje bíblico, como en Sir, *prol.* 12 y en 2 M 1,18; ver Hch 15,25.28.34. Esta decisión, tomada por un autor humano, ofreció alguna dificultad en tiempos pasados a algunos comentaristas bíblicos defensores de la inspiración divina de estos libros, y, sobre todo, de un evangelio. Una huella de estos escrúpulos ha quedado reflejada en una interpretación de algunas antiguas versiones latinas, en las que se modifica el texto mediante la interpolación «que he decidido yo también *et Spiritui Sancto*» [cf. relación con Hch 15,28]. El Canon de Muratori sale al paso de este escrúpulo y distingue la labor de Lc que escribió en su nombre y según su parecer, mientras los antiguos prólogos marcan la presencia del Espíritu Santo: «Lucas... nomine suo ex opinione conscripsit... sancto instigante spiritu hoc scripsit evangelium».

---

El autor, al tomar esta decisión, presenta unas credenciales para situarse al mismo nivel de los testigos oculares y servidores de la palabra. Debe acreditar su decisión porque, partiendo de la hipótesis de que es Lc, esta persona no ha presenciado las escenas de la infancia ni ha convivido con los apóstoles ni los discípulos. Las credenciales que presenta son dos: la investigación cuidada y la impronta que quiere dar a su escrito.

La primera credencial es haber escrito «después de haber investigado a fondo todo desde los orígenes». El verbo que emplea Lc por investigar es “seguirle” (*parakoluthéo*) que significa seguir a una persona o un acontecimiento histórico. En este prólogo evidentemente tiene un significado metafórico. El verbo *parakoluthéo* expresa un seguimiento físico de una persona y también un seguimiento ideológico. En nuestro caso no tiene sentido que Lc diga que ha seguido con mucho cuidado la trayectoria física de los que antes han elaborado los recuerdos de Jesús. El significado es, más bien, de haber seguido fielmente lo narrado por los predecesores. Cadbury se inclina por traducir “investigar”. Lo mismo, Bauer. Este empleo del verbo *parakoluthéo* aparece también en 1 Tm 4,6; 2 Tm 3,10. Aceptando esta traducción, el *pasin* hay que entenderlo como neutro plural: «todas las cosas».

La segunda credencial que Lc aduce como garantía de su labor es porque ha investigado todo «desde los orígenes» (*anóthen*). En el verso anterior ha afirmado el prologuista que continúa la labor que muchos han transmitido desde el principio (*ap' arches*). En varios prólogos de obras antiguas se encuentran reunidos estos términos como equivalentes: *ap' arches* = *anóthen*. Son expresiones sinónimas. En este caso Lc afirma que una garantía a su favor consiste en haber investigado todo, es decir, cuanto han intentado narrar los testigos oculares y servidores de la palabra desde un punto calificado como *ap' arches* o *anóthen*. ¿En qué punto de partida se sitúa Lc?

Antes digamos algo del adverbio con que el prologuista califica su expresión escrita: *akribos*, e.d. “diligentemente”. El adverbio, en su raíz etimológica, indica una agudeza en la selección de las palabras para describir la investigación. De ahí que las traducciones de *akribos* oscilen entre “con cuidado”, “con pericia”, “con atención a los detalles” o con un término que abarca esta multitud de significados.



El punto de arranque de la investigación y exposición cuidada de Lc es *anóthen*, que indica un retroceso, una visión al pasado, o, sencillamente, desde los orígenes, aceptando la equivalencia entre *anóthen* y *ap' arches*. ¿En qué principio se sitúa Lc? Este autor emplea la frase adverbial en Hch 26,4. Habiendo usado esta expresión adverbial, lo correcto sería darle el significado que le da Lc en su escrito, e.d. el *arche* del que parte Lc como inicio de su escrito. El punto de partida es el inicio de la vida pública de Jesús, pero otros opinan que el *arche* se inicia con el evangelio de la infancia.

*g. «por su orden»*

La oración principal recoge el objetivo del prólogo: escribir. El objetivo de Lc es claro. La investigación cuidadosa de todo cuanto ha sido transmitido por los testigos oculares y servidores de la palabra. Lc marca el verbo escribir con el adverbio *kathexes*. ¿Qué matiz añade a la escritura lucana este valor?

El adverbio es una forma derivada de *exes*, *efexes*. El adverbio es exclusivo de Lc en el evangelio y en el libro de los Hch (Lc 7,11; 8,1 y Hch 18,23).

Hay cierta inercia en los comentaristas para traducir este adverbio según aconseje el contexto: “por orden” (Cadbury); “un acontecimiento tras otro”; “con orden”; “de aquí en adelante”. Todas las traducciones del adverbio hacen referencia a un orden, dado el uso que hace Lc del mismo en los otros pasajes.

En algunos comentarios se evoca un texto de Papías, quien, al afirmar que Mc recoge en su evangelio las memorias de Pedro, precisa que las transmite «no ordenadamente» (*ou mentoi taxei*). Lc en su prólogo evocaría este recuerdo de Papías y su juicio sobre la transmisión de las palabras de Pedro, que él, Lc, ahora transmite “con orden” (cf. Eusebio, *Historia Eclesiástica* III 39.15).

Evidentemente el adverbio adquiere una categoría importante al precisar con él el estilo que, según el prólogo, quiere dar a todo el resto del libro. Pero por fuerza del valor radical del adverbio, nos quedamos en un modo de escribir lo transmitido por los muchos y lo investigado por Lc.

Iniciemos otra vía que quizá nos lleve a una mejor precisión. En el v. 1 aparece el primer verbo clave acompañado de un infinitivo con valor nominal (*epecheiresan anataxasthai* «han intentado narrar ordenadamente»).

En el v. 2 tenemos el verbo clave “transmitir” (*paredosan*) modificado por el adverbio «según (*kathos*) la tradición».

En el v. 3a hallamos otro verbo en participio («habiendo investigado») acompañado de dos adverbios «desde el principio» (*anohen*) y «diligentemente» (*akribos*).

En el v. 3b tenemos la apódosis o frase central del prólogo, que define la tarea del evangelista: «escribírtelo» (*soi graphsai*) «ordenadamente» (*kathexes*).

Generalmente nos detenemos en este versículo, que recoge la intención de escribir a Teófilo todo lo recibido e investigado con un orden determinado. Unimos el v. 1 a *kathexes* tan íntimamente que nos olvidamos de que este modo de escribir tiene una finalidad expresada en el versículo siguiente: «para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido».

Antes de entrar en el v. 4 digamos que el verbo “escribir (con un determinado orden)” tiene que repercutir en el objetivo propuesto. No lo conseguirá Lc, si no escribe con un adverbio determinante que él precisa mediante *kathexes*. Luego este modo de redactar el evangelio debe influir de manera directa en el objetivo: «conocer la solidez de las enseñanzas». El adverbio *kathexes* debe condicionar el modo de exponer las enseñanzas recibidas y su solidez, algo que Lc respeta. Lc respetará un evangelio de Jesús que sus lectores descubrirán mediante la forma redaccional, dado el mensaje doctrinal de la catequesis. El adverbio influye en la redacción de todo el resto de la obra lucana. A lo largo de este comentario iremos comprobando en la práctica la libertad con que Lc trata el orden y el contenido de Mc y, a veces, de Mt, y cómo incluso enmarca algunos *logia* de Jesús para que sean más claros y aplicables a la vida de los creyentes de la comunidad de Teófilo.

Este tipo de ordenación de los materiales recibidos por tradición e investigación se puede calificar como “orden salvador”, que I. Gómez Acebo define así: «Esa historia salvadora no se ha termi-

nado, pues el autor anuncia que se sigue dando entre nosotros. Es una frase vital para la comprensión del cristianismo, ya que por ella mueve el pasado, lo integra en el presente y lo lanza al futuro, en el que nos situamos nosotros. Es una historia perennemente viva» (pág. 21)

*h. «Ilustre Teófilo»*

Este libro lo dedica Lc al ilustre Teófilo. ¿Quién era Teófilo? La pregunta ha recibido multitud de respuestas, pero ninguna satisface. El nombre propio va acompañado del adjetivo “muy ilustre” (*kratiste*).

Si partimos del calificativo que le da Lc, *kratiste* sería un romano de la clase ecuestre. Teófilo pertenecía a la nobleza romana, pero el nombre no es latino, sino griego, y el adjetivo *kratistos* no indica por sí mismo una categoría social. Cuando aparece en los prólogos y dedicatorias en los documentos oficiales, no indica el rango de la persona (L. Alexander, pág. 188. Ver este tema en el cap. 9 de su obra).

Si nos quedamos con el significado del nombre “amado de Dios”, Teófilo sería un no judío piadoso interesado por las tradiciones sobre Jesús que transmitían los creyentes. Teófilo sería alguien con capacidad económica para sufragar los gastos de los dos libros; o también un “noble” catecúmeno que estaba recibiendo las enseñanzas de la comunidad para recibir el bautismo; o bien Teófilo pertenece al grupo de bautizados que sólo tenían un conocimiento rudimentario de la enseñanza comunitaria: un “débil en la fe”, de los que Lc conoce en las comunidades de Pablo (Rm 14,1).

Teófilo es nombre de un símbolo, los creyentes, o una categoría de creyentes; o, mejor todavía, representa a todos los lectores de la pregunta clave de este evangelio: «¿Quién es Jesús de Nazaret?» Creo que hay que desechar que Teófilo fuese un oficial romano.

*i. «para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido».*

En primer lugar, Lc limita el objetivo de su libro; no va dirigido a todos los seres humanos en general que deseen conocer quién era

Jesús, como nos hubiera gustado entender el versículo anterior. Lc lo limita a unas personas que ya han recibido una instrucción (entre las que está Teófilo), designadas con el nombre simbólico de “amado de Dios”.

Este grupo ha recibido una instrucción (*katechesis*). Este sustantivo, con el que en la obra lucana se designa la formación de los creyentes en las primeras comunidades (Hch 2,47), se encuentra ya en el NT en un contexto forense en contraste con el religioso (Hch 21,21.24; Ga 6,6; Rm 2,18; 1 Co 14,19) y quizás también Hch 18,25, equivalente a una enseñanza cristiana.

A estas instrucciones les falta algo que Lc quiere aportar en su escrito: la solidez (*asfaleian*). Lo normal en griego *koiné* sería el uso del concreto *asfales*, lo sólido o firme, mejor que el abstracto *asfaleia*, la solidez o firmeza. Probablemente Lc ha seleccionado el abstracto para que lo que él quiere escribir no se presente como algo opuesto a los otros evangelios escritos, sino a la transmisión oral que Teófilo ha recibido (L. Alexander, pág. 140).

*Teófilo, quien quiera que seas y estés donde estés. En este Evangelio he querido aproximarme al Jesús histórico, el de Galilea y Judea. Y pretendo que tú también te aproximes conmigo. En esta aproximación he querido que valores a las personas que fueron testigos directos de la vida del Galileo y servidores de la palabra.*

*He pretendido, a través del lenguaje del prólogo, darte unas orientaciones para la lectura reflexiva de este Evangelio. Nuestra aproximación al Jesús histórico tiene que partir del testimonio de personas que convivieron con él o los que tuvieron una experiencia de sus hechos y enseñanza.*

*He pretendido también, Teófilo, que descubras la emoción de estas personas; emoción que yo he vivido en lo que llamamos comunidades de creyentes o iglesias. Dentro de esta vida de comunión es donde yo he experimentado la presencia de Jesús Resucitado con una fuerza transformadora de nuestra vida y la de todas las personas.*

*Con toda emoción, aproxímate a este Evangelio y, como dice tu compañero Pablo, «la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros» (2 Co 13,13).*

## 2. ORIENTACIONES COMPLEMENTARIAS DEL COMENTARISTA

### 2.1. Una obra única

El tercer evangelio forma una obra única en dos partes. La comparación de los dos prólogos (Lc 1,1-4; Hch 1,1-3) y su análisis literario lo confirman. Esta afirmación, que se viene aceptando desde el s. XVII, no ha producido todavía evidencia literaria, por algunas diferencias en el vocabulario y en el empleo de algunos giros. Sin embargo, bastantes comentarios actuales coinciden en reconocer Evangelio y Hch como obra única de un mismo autor (véase A. Rodríguez Carmona, en R. Aguirre pág. 282).

De todos modos, los prólogos coinciden en unos elementos comunes que iremos descubriendo en el del Evangelio. Las dos partes están dedicadas al mismo personaje, a Teófilo; el objetivo de toda la obra se enuncia con los mismos términos: «conocer la solidez de las enseñanzas recibidas» (Lc 1,4) y que coincide con lo que Jesús «hizo y enseñó desde un principio» (Hch 1,1).

Hoy día son pocos los que niegan la autoría lucana del libro de los Hch, empalmado así con las afirmaciones de Ireneo (muerto el año 200), Clemente de Alejandría (150-215), Tertuliano de Cartago, contemporáneo de Ireneo, o el “canon de Muratori” (de hacia el año 200), que dice que «Lucas narra en su Evangelio lo que oyó, y en los Hechos lo que personalmente vivió». Alfred Wikenhauser, en su comentario a los Hechos de los Apóstoles, después de analizar los diversos testimonios de la tradición del s. II sobre el autor de Lc y Hch concluye: «Siempre que los Hechos aparecen mencionados por su nombre en la primitiva literatura cristiana, son presentados también como obra de Lucas, compañero de Pablo» (pág. 16). J. Rius-Camps afirma: «Modernamente, después de analizar detenidamente el estilo y el vocabulario de ambos libros, se ha convenido en hablar de “la doble obra lucana”, asignando a Lc la autoría del Evangelio y de Hch» (*Reseña Bíblica* 10, pág. 32).

Considerar Lc-Hch como obra única tiene su importancia. Por la fuerza de la costumbre fomentada por las ediciones de la Biblia solemos considerar los Hechos de los Apóstoles como algo desligado del Evangelio. Pensamos que el evangelio de Lc es una narración de los hechos y palabras de Jesús; en cambio, consideramos los Hch

como una especie de historia de las primeras comunidades cristianas. Pero Lc compuso una obra única en dos partes: en la primera (el evangelio) narra «todo lo que Jesús hizo y enseñó» (Hch 1,1); es decir, traza el modelo de vida: la de Jesús a favor de todos los hombres, sobre todo de los marginados, y la doctrina que fundamentaba este estilo de vida; en la segunda parte Lc se propone dar a conocer las circunstancias (éxitos, fracasos, dificultades, etc.) que encuentra este modelo evangélico para encarnarse en la sociedad de su tiempo a través de las personas y grupos de personas que lo convierten en ideal de sus vidas. Es decir, que toda la obra de Lc es un “Evangelio” en dos partes desencuadradas.

¿Cuándo quedaron desencuadradas estas dos partes de la obra de Lc? Es difícil precisarlo. Sí sabemos que en la armonización de los evangelios intentada por Marción (muerto hacia el año 160), en el “Diatésaron” de Taciano, o en las “Memorias de los Apóstoles”, obras del s. II, los evangelios formaban un bloque aparte distinto de los Hch y de los otros escritos del NT.

### 2.2. ¿Conocemos el nombre de este evangelista?

Como los otros evangelios, el de Lc, y lo mismo el libro de los Hch, fueron presentados de forma anónima sin referencia a ningún autor. Su autor era la comunidad, que había dado forma a sus catequeses. Cuando en el s. II se agruparon y clasificaron los diversos libros del NT (Evangelios / Hch / Cartas / Apocalipsis) se pusieron los títulos con los que han llegado hasta nosotros: *Evangelio según San Lucas* y *Hechos de los Apóstoles*. Ya desde el s. II, este segundo escrito se atribuyó al mismo autor del tercer evangelio. El prólogo de Hch facilitaba esta atribución.

Unos datos de la tradición que se remontan también al s. II, además de atribuir los dos escritos a Lc, identifican a este autor con el compañero de Pablo del que el mismo Pablo habla en sus cartas y lo llama “médico”: «Os saluda Lucas, el médico querido, y Demas» (Col 4,14); «Te saludan ... Marcos, Aristarco, Demas y Lucas, mis colaboradores» (Flm 24); «el único que está conmigo es Lucas» (2 Tm 4,11).

Los tres testimonios de escritores del s. II, de los que dependen otros testimonios posteriores, son: Marción, de mediados del s. II,

que afirma que en las iglesias se atribuye el tercer evangelio a Lucas, compañero de Pablo, y por eso él lo acepta como único evangelio. El canon de Muratori, donde se escribe que Lucas, el médico y compañero de Pablo, escribió Evangelio y Hechos. Ireneo, en su escrito “Contra los herejes” de finales del s. II, dice que el tercer evangelio lo escribió Lucas, médico y compañero de Pablo. Tenemos por tanto una tradición que se remonta al año 150 y que atribuye Lc-Hch a Lucas. Otros datos de la tradición posterior no son de fiar.

Hoy día se pone en duda la identificación de este Lucas de los escritos paulinos con el Lucas autor de Lc-Hch, porque el mismo autor de esta obra da a entender que él no fue testigo directo de Jesús (Lc 1,1-4), y porque, después del análisis de toda su obra, parece que refleja en ella la situación de las comunidades cristianas de finales del s. I o quizás de la primera mitad del s. II. Pero casi todos los comentaristas admiten que el autor de Lc-Hch se llamaba Lucas, pues si el nombre del autor fuera ficticio no se ve por qué se atribuyó a un personaje de segunda categoría y no a un autor más importante, como ocurrió con las cartas atribuidas a Pedro y a Santiago, hermano del Señor.

El autor fue un cristiano de la segunda generación (del 70 al 100), persona bien instruida, buen escritor, familiarizado con la cultura helenística y conocedor también del AT. Posiblemente nació fuera de Palestina (dadas las imprecisiones geográficas que se detectan en su obra) y era de origen gentil, aunque muy relacionado con las comunidades paulinas. Escribe su obra para estas comunidades de la “provincia de Pablo” en los años 80-90.

### 2.3. Los lectores de Lc

La obra de Lc va dirigida a creyentes (Lc 1,4) que han recibido unas enseñanzas, unas catequesis. Núcleo de estas catequesis es Jesús de Nazaret, el Mesías, Hijo de Dios, Señor y Salvador de todos los hombres, que ha trazado un nuevo camino para relacionarse con Dios, padre de todos. Lc quiere exponer el fundamento de estas enseñanzas; para ello, recoge el contenido de estas catequesis, lo investiga cuidadosamente y lo expone con un orden adecuado para que sus lectores sean capaces, a través de la lectura, de descubrir este fundamento: el Evangelio de Dios.

Una de estas síntesis nos la ofrecen las Cartas a los Tesalonicenses, entre otros escritos del NT (1 Ts 2,2; 4,8-9).

Este “Dios cristiano” es presentado por Pablo y Silas como alguien conocido, cercano. Es una afirmación de monoteísmo. En la carta que escribe Pablo a la comunidad de Corinto explicita más esta parte de la confesión bautismal (1 Co 8,4-6; ver también Ga 4,8-9).

Se trata de aceptar la persona de Jesús, sus hechos y sus palabras, como una parte integrante del Evangelio: es su Hijo. Este título de Hijo lo aplica Pablo a Jesús ya desde su primer escrito. La resurrección y su venida formaron parte también del Evangelio y, por tanto, de la confesión que expresaba su conversión (1 Ts 2,12.19; 3,13; 4,14-18; 5,2-11.23-24).

A Jesús resucitado lo presenta como un modo propio de vivir. Las denominaciones “Cristo” y “Señor”, propias para designar a Jesús resucitado, se convierten ya en esta proclamación del Evangelio en el nombre propio del mismo Jesús: Señor Jesús-Cristo, o Cristo-Jesús, o Cristo, o Señor.

Este Evangelio es el mensaje anunciado por Jesús y hecho vida en su persona.

De esta forma aparece claro cómo una comunidad cristiana, en este caso la de Tesalónica, se basa en la aceptación de la persona de Jesús (su vida y su mensaje), en un nuevo talante de vida y en la proyección misionera hacia otras regiones y ciudades.

### **2.4. Estos creyentes forman “iglesias”**

Estos grupos de creyentes se han organizado ya en “asambleas” que reciben el nombre de “iglesias”, traducción del nombre griego *ekklesia*, asamblea, tomado de la estructura de la sociedad grecorromana. Así encontramos estas asambleas o iglesias en Jerusalén, Antioquía, Derbe, Istra, Iconio, etc.

### **2.5. Estas iglesias tienen una estructura elemental**

A través de los textos descubrimos que estas iglesias tienen una estructura embrionaria: la de Jerusalén, además de los Doce, María, algunas mujeres y otras personas que acompañaron a Jesús en



su vida (Hch 1,1-12), encontramos a los siete elegidos para “servir a las mesas” (Hch 6,1-6).

En la de Antioquia se habla de profetas y maestros” (Hch 13,1), de presbíteros (Hch 15,22), de dirigentes (*exegeomai* en participio perfecto) o guías, “líderes” (Hch 14,12), o bien “conductores” (de la palabra), es decir, de la catequesis. Se podría relacionar la figura de los dirigentes de la catequesis con el administrador «puesto al frente de la servidumbre» (véase Lc 12,42, pero emplea otro verbo).

La función de todas estas personas con alguna responsabilidad en las iglesias debe tener unas características ya descritas previamente en el Evangelio: honestidad y fidelidad a la misión encomendada (véase Lc 12,41-46; 22,24-30).

Lc dirige toda su obra a estos grupos de creyentes organizados de alguna manera en “iglesias del Señor” (o de “Dios”, según versiones). Hay que tener esto presente, sobre todo para descubrir el mensaje que Lc quiere transmitir en el primer libro. Escribe el Evangelio, dentro de su propio género narrativo, no para iniciar en la fe o llamar a la conversión, sino para afianzar la fe y para extender el mensaje de Jesús a estos grupos según el modelo del mismo Jesús. De ahí que tome como metáfora básica para este género de vida la imagen del camino.

## 2.6. Situación social de estas iglesias

Resulta interesante descubrir a través de los textos del NT la situación social de estas iglesias y las posibles dificultades o problemas internos o externos que encontraban. Para situarnos convenientemente ante la obra de Lc, expongo muy sucintamente algunos rasgos de las principales iglesias que aparecen en la obra de Lc.

Lc distingue la ciudad de Jerusalén como lugar geográfico y como lugar teológico (este último relacionado con la “iglesia”). Para ello emplea dos nombres: uno, el semita, indeclinable: “Jerusalén”, como lugar teológico; otro, en su forma griega, “Jerosólíma”, para designarlo como lugar geográfico histórico. En el Evangelio aparece Jerosólíma en 2,22; 13,22; 19,28 y 23,7, con un claro sentido geográfico. En el resto del Evangelio (27 veces) se usa el nombre semita, indeclinable, de Jerusalén. En Hch es algo mayor la frecuencia del empleo de Jerosólíma (22 veces) frente al de Jerusalén (35 veces).

## 2.7. Rasgos generales de las iglesias de la provincia lucana

- Son grupos plurales en cuanto a raza, lengua, condición social y religión de origen. Estas iglesias estaban compuestas por personas mayoritariamente de origen judío (la de Jerusalén) o de origen pagano (el resto de las iglesias). Pero tanto en la de Jerusalén como en las demás podemos decir que los componentes formaban un grupo poliétnico. Esta pluralidad, por la propia ley de los hechos, tuvo que provocar problemas concretos de convivencia y de expresión de las propias creencias:

- a) El conflicto en la iglesia de Corinto, que corrige Pablo (1 Co 1,10-15; 8,7-13; 10,23-30; 11,17-22 y 14,1-25).
- b) El conflicto en la iglesia de Tesalónica ante la mala interpretación de la inminente venida del Señor, sobre todo, de la suerte de los difuntos, y sobre la necesidad de seguir en las labores diarias o dejarlas de lado (1 Ts 4,13-15; 2 Ts 2,1-3; 3,10-12).
- c) El conflicto en las iglesias de la región de Galacia, sobre la obligatoriedad o no, para la expresión de la fe en Cristo, del cumplimiento de las leyes del judaísmo (Ga 5,1-9).

Y si, con la mayoría de los exegetas actuales, admitimos que la obra de Lc se redactó en los mismos años en que se escribieron las “cartas pastorales”, detectamos otros conflictos en las iglesias de Grecia que Timoteo y Tito deben encauzar: conflicto con las prescripciones judías (1 Tm 1,3-7; Tt 2,10-16; 3,9) o el influjo de la filosofía griega y el valor de la educación en los ejercicios del gimnasio (1 Tm 4,1-8; 6,3-10; 2 Tm 2,16-18.23-26); conflicto en la atención a las viudas (1 Tm 5,16).

- Se reúnen en casas particulares. Estos grupos plurales no tenían un lugar “religioso” propiamente dicho para reunirse, ni contaban con unas normas determinadas que organizaran estas reuniones. Por eso se reúnen en casas particulares, en lugares al aire libre, etc. (Hch 12,12; 16,13.16; 1 Co 16,19, etc.). Y desde un principio buscan un espacio que favorezca la cohesión del grupo y su unidad, y lo encuentran en la “comuni3n” (*koinonia*), que ser3 en adelante el “lugar religioso” de las comunidades de creyentes, y, desde este prin-

cipio de cohesión, sus reuniones serán calificadas como “iglesia en Dios Padre y en el Señor Jesucristo”. Esta comunión implicaba fe en un Dios vivo y verdadero, del que da testimonio el fundador o catequista de la comunidad y que se fundamenta en la palabra de Jesús. Relación de los creyentes con Dios, padre de todos. Admiración y amor al Señor Jesús. Confianza en la fuerza del Espíritu. Vínculo de fraternidad que brota de esta fe común y que hace que todos los creyentes se vean como hermanos y se sientan unidos fraternalmente o en comunión con otras iglesias. Años más tarde, el cuarto Evangelio pondrá de manifiesto esta realidad para las iglesias de Palestina (Jn 4,23-24).

## 2.8. ¿Sabemos cuándo se escribió este Evangelio?

Para fijar las fechas de composición de Lc-Hch se atiende al carácter interno de la misma obra: depende del Evangelio de Marcos (escrito en torno al año 70); tiene a mano el hipotético documento Q; y el prólogo al Evangelio, que supone ya un tiempo de elaboración de las tradiciones y la existencia de escritos catequéticos en las comunidades. Los textos de su Evangelio (Lc 13,35; 19,43-44 y 21,5-36) suponen que ya ha ocurrido la destrucción de Jerusalén el año 70. Además, la situación social, los problemas internos y la organización de las comunidades cristianas, puntos en los que coincide con las Epístolas Pastorales, corresponden a lo que llamamos “segunda generación cristiana”.

Otros argumentos para fijar la fecha de la obra lucana son: el libro de los Hch no conoce la existencia de la recopilación de los escritos de Pablo, que se formó a comienzos del s. II; la imagen que da de Pablo está muy idealizada, es decir, parece que ha pasado ya algún tiempo entre la muerte del apóstol y la evocación de su figura; además en Hch el problema teológico que planteó al principio el grupo judeocristiano parece ya superado y este grupo ha perdido su influencia en las comunidades de Hch. Otro argumento es que la actitud positiva que Hch manifiesta hacia Roma sería inexplicable en la época de Nerón (persecución del año 64) o de Domiciano (persecución del año 95). Toda esta argumentación sitúa la obra lucana entre el 70 y el 90.

Sobre el lugar de composición de Lc y Hch hay dos testimonios antiguos que lo fijan en Acaya o en Beocia. Sólo podemos decir, de modo general, que se escribió en un ambiente helenizado fuera de Palestina.

## 2.9. El orden de Lc-Hch

Sabemos que los escritores antiguos no ponían títulos ni subtítulos en sus libros; que no separaban las partes o secciones de su obra con signos especiales. Predominaba la escritura continua, sin separación entre palabras. Para diferenciar las diversas partes de un escrito se servían de lo que podíamos llamar recursos editoriales internos: repetición de una palabra enlace, de una secuencia bisagra, de resúmenes, etc., es decir, unos recursos que orientaran al lector en los vericuetos del libro.

Estos recursos literarios reflejan el discurso del escritor y, por tanto, el plan con que ha concebido su obra y, al mismo tiempo, cómo desea que sea descubierta por el lector. Recursos literarios que se convierten en recursos pedagógicos. A través de ellos podemos conocer también ahora tanto el proceso de composición de un escrito como la intencionalidad de un autor. El análisis de estos recursos nos lleva a descubrir la estructura del escrito. Y, mediante la estructura, la intencionalidad del escritor.

En nuestro caso, y al tratarse de unos escritos que tienen una finalidad de descubrir los fundamentos de unas enseñanzas que afectan a la fe, podemos hablar de descubrimiento de un mensaje, o mejor, cómo ha pretendido revestir o presentar su mensaje el autor, para que sus lectores lo pudieran comprender tal como él lo quiere presentar o desmenuzar. Tenemos pues, en Lc, como en los otros Evangelios, un escrito con una envoltura catequética que facilita la transmisión fiel y la comprensión del mensaje de Jesús. Pero no olvidemos que este autor tiene presentes, ante todo, unos lectores concretos: los de las comunidades a los que dirige su obra, simbolizados en Teófilo, o bien dirigidos a estas iglesias a través de este personaje. O, si esto no fue así, sabemos que desde finales del s. I las iglesias aceptaron estos escritos como dirigidos a los creyentes y como escritos “inspirados”, es decir, escritos que contienen fielmente algunos aspectos del mensaje de Jesús de Nazaret refrendados por la fe y desde la fe de la comunidad cristiana.

Ahora nosotros, descubriendo a través de la estructura el mensaje dirigido y acomodado a las circunstancias de las iglesias a las que fue dirigido en un principio, podemos legítimamente, siempre desde la fe y por la fe, es decir, desde la aceptación de la persona de Jesús, Cristo, Señor, Hijo de Dios y Salvador, transponerlo a las comunidades del día de hoy, que están circunscritas a unos condicionamientos diversos de las iglesias de finales del s. I. Pero manteniendo la fidelidad al núcleo del mismo mensaje. Es otra ventaja del análisis de la estructura: podemos descubrir lo que es esencial o perenne en estas exposiciones del mensaje y lo que es accidental.

Toda la obra de Lc ha sido analizada desde diversos puntos de vista para descubrir su estructura. En general, todos los estudiosos acuden a criterios objetivos: datos que ofrece Lc para no caer en subjetivismos. Los más frecuentes son: estilo, geografía, protagonistas, materia tratada, temas teológicos, resúmenes y sumarios. Estos dos últimos se pueden unificar y son quizás los que más nos pueden ayudar a descubrir el Evangelio de Lc.

Pero hay dos datos objetivos, ofrecidos por el mismo escrito, en los que quiero fundamentar la distribución de toda la obra de Lc y que nos pueden servir para contemplarla en una panorámica conjunta. Estos datos son: las “anotaciones sumariales”, también llamadas “estribillos”, “resúmenes”, y la palabra “camino”, con todo el elenco de palabras relacionadas con él, es decir, la categoría del “camino”. Véase Rodríguez Carmona, págs. 321-322.

El esquema de la distribución de toda la obra lucana es el que ha recogido la NBJE y es la distribución que propongo.